

RECUERDOS

Nunca podré olvidar mi impresión al asistir por primera vez á la Cátedra—así con letra mayúscula—que el hombre insigne, para perpetuo orgullo de la Facultad de Letras, explicó en esta Universidad.

Era yo casi un niño; acudía allá en unión de otros jóvenes y de muchos viejos, y me encontré aturdido, anodado.

Aquel maestro, joven aún, sentado en un sillón de aquella antigua salita del decanato de Letras, siempre afable, siempre distraído, al parecer, hablaba con emoción, con entusiasmo: iba á darnos á conocer los prosistas castellanos del siglo XV.

Pasaron los días, corrió su palabra murmurando—apenas era su explicación más que una confidencia—algo de la inmensidad de cosas que él sabía, y mi emoción primera persistió el segundo mes, lo mismo que el primero y el último.

Pero ahora no era sólo yo el fascinado: mis compañeros lo estaban todos.

Pasaron los años, ocho ó nueve, y llegué á catedrático al Instituto de Santander. Allí estaba don Marcelino; quise ir á saludarle. Lo pensé un día y otro; mi devoción era más tímida y más intensa que aquella que sentí al llegar á su Cátedra... y cuando fuí á visitarle, el maestro ya había venido á Madrid.

Me avergoncé, y esperé su vuelta.

Llegó otra vez don Marcelino á la ciudad por él querida, y allá fuí.

Ya conocía yo á Enrique, y éste me presentó á su hermano. El maestro me recibió con un abrazo, se rió de mi timidez, me habló con cariño, ¡como pudiera hablar á un compañero!, me enseñó sus trabajos de aquellos días, ¡su biblioteca, aquel santuario donde se ha escrito la más honda y luminosa parte de la historia de España!

Salí de aquella casa; mi espíritu era el mismo espíritu infantil del memorable primer día de Cátedra.

Volví algunas, muy pocas, y cuando sabía de alguno que visitaba á don Marcelino, le tenía yo verdadera envidia... pero me felicitaba de mi cordedad, que me hacía temer fuera un robo aquel tiempo que se le embargaba.

Ese tiempo fué tacaño para con él. Quiso Dios llevar junto á sí una de las obras más perfectas de su omnipotencia: aquella inteligencia poderosa con que plugo dotarle.

Al dedicar estas líneas á la memoria del maestro amado, me enorgullece mi veneración hacia él, y el recuerdo de aquella emoción sentida en el primer día que le conocí, en la visita á la biblioteca de Santander, en todos los momentos de mi vida. Con esta satisfacción se une aquella otra que logré en la capital montañesa, cuando mis discípulos, niños aún, aprendieron á salir al encuentro de su paisano para saludarle silenciosos y admirados.

¡Saludaban, sin casi ellos saberlo, á una de las más puras glorias españolas!...

JOSÉ ROGERIO SÁNCHEZ.